

Conferencia “Crisis capitalista y reestructuración internacional: consecuencias para América latina”¹

*Atilio Borón**

Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales
Universidad Católica de Córdoba
5 de octubre de 2015

MUCHAS gracias. Estoy muy feliz de estar en esta casa una vez más, y feliz también de estar a través de este medio comunicado con los amigos de la Universidad Alberto Hurtado de Santiago de Chile, a los cuales les mando un muy cordial saludo.

El tema que abordaré son los cambios que se están produciendo en el sistema internacional como producto de la nueva crisis general del capitalismo.

¹ La siguiente es una desgrabación de la conferencia ofrecida por el autor en la conferencia “Crisis capitalista y reestructuración internacional: consecuencias para América Latina”, en el marco del Encuentro de Investigadores y Estudiantes en Ciencias Sociales y Humanidades, realizado en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba. Se ha conservado el estilo eminentemente coloquial de su intervención.

* Investigador Superior del Conicet. Investigador del IEALC, Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Director del PLED, Programa Latinoamericano de Educación a Distancia en Ciencias Sociales del Centro Cultural de la Cooperación “Florencia Gorini”.

Hasta hace poco más de un mes, al hablar de este asunto uno siempre tropezaba con algunas miradas socarronas que decían algo así como: “este otra vez vuelve a hablar de la crisis del capitalismo.” Pero hubo un acontecimiento que me cambió la vida y que me la ha hecho mucho más tranquila, reposada y serena. Eso fue lo que ocurrió después que escuché al representante de Dios en la tierra, me refiero al Papa Francisco en Bolivia, decir que al capitalismo ya no se lo aguanta más, que el sistema está agotado y que tenemos que pensar en cambiarlo.

Aquel fue un discurso realmente impresionante, que puso en negro sobre blanco una realidad como la de los serios riesgos que entraña para la humanidad la continuación del capitalismo como el modo de producción dominante a nivel mundial; sobre todo porque hay dos contradicciones que están generando una catástrofe a escala planetaria. Una es la contradicción clásica, la que opone capital y trabajo, que está produciendo fenómenos como los que estamos viendo ahora en Grecia, nada menos. Allí el pueblo fue llamado a una consulta electoral para saber si estaba dispuesto a aceptar la adopción de un durísimo programa de ajuste y resulta que la gente dijo que no. Sin embargo, poco después de haber leído ese veredicto de las urnas Alexis Psipras tuvo que regresar a Bruselas y ahí un grupo de señores a los cuales nadie eligió, la famosa Troika gobernante (el Banco Central Europeo, la Comisión Europea y el Fondo Monetario Internacional) le dijo que tenía que hacer exactamente lo contrario a lo que había resuelto el electorado. Es decir, admitir un saqueo a una escala sin precedentes en Grecia. Algo similar se está produciendo, en mayor o menor medida en casi todos los países de Europa; España, Italia y Portugal presentan escenarios similares.

El caso de España es paradigmático. Recordar los famosos desahucios, donde personas que no pueden pagar sus hipotecas son arrojadas a la calle y además tienen que seguir pagándolas, lo que empuja a algunas de ellas al suicidio. Hemos visto esas escenas desgarradoras, y en un continente en donde el tema de Grecia está lejos de ser un fenómeno aberrante y producto de que los griegos son holgazanes e irresponsables, como a veces los retrata cierta prensa de derecha. De hecho, son varios los países europeos que están en una situación parecida a la de Grecia. Les doy un ejemplo (y no los voy abrumar con números porque no tiene mucho sentido): la deuda pública griega equivalía al 170 % del PBI de ese país. Es mucho, sin duda, pero la deuda pública de Italia y Portugal está arriba del 130% y la de Bélgica —país anfitrión de la Unión Europea— es del 106 %. Es decir, esos países se han venido endeudando y están en una situación límite, al borde de la bancarrota. Y yo tengo la convicción de que la brutalidad de la medida aplicada en contra de Grecia es una especie de escarmiento ejemplifica-

dor, un mensaje a los demás pueblos europeos diciendo algo así como: “miren lo que le vamos a hacer a los griegos, así que ustedes cuidado, no vayan a querer imitarlos en su osadía, ni se les ocurra querer tomar el destino en sus manos o querer hacer una política diferente a la que exigimos. Sepan que esto es lo único que se puede hacer”. Y lo único que se puede hacer es una política que ha llevado a un mundo cada vez más injusto y desigual. Por eso decía que estábamos aproximándonos a un holocausto social. El otro es el holocausto ecológico.

Veamos un poco más de cerca al holocausto social. Oxfam, una organización que no puede ser sospechada de tener inclinaciones políticas o partidarias de izquierda, presentó a inicios de este año en la Cumbre del Foro Económico Mundial de Davos un informe, diciendo que el 1 % de la población más rica del planeta se apropiaba del 49 % de la riqueza mundial. También decían que para el año 2016, cuando se realice el próximo Foro de Davos, ese 1 % no va a tener el 49 % sino que detendrá el 51 % de la riqueza del planeta.

Entonces, ese nivel tan fenomenal de desigualdad, que ha crecido tanto y que no para de crecer, hace de este planeta un mundo profundamente injusto y tendencialmente inviable. ¿Se puede sostener? Sí, claro que se puede sostener: con guerras, con mucho gasto militar, con mucha represión, con el desarrollo enorme de un aparato de vigilancia electrónica, de espionaje interno. Eso se sostiene de esa manera: con manipulaciones mediáticas, amenazas y extorsiones que impiden que la gente piense y que caiga en la cuenta que esas situaciones son aberraciones que deben ser cambiadas. Que haga que la gente se acostumbre a pensar que está bien, que es normal, que es lo correcto que el 1 % más rico disponga a partir del año próximo el 51 % de la riqueza mundial.

Tenemos el caso de China, que es muy interesante, muy poco estudiado. Hay que hablar mucho de China por supuesto, pero también de la India, porque este país en pocos años más va a ser el más poblado del planeta, va a superar en población a China; y la India no tiene el nivel de desarrollo que tiene China. En India prácticamente la mitad de las mujeres, un poco menos, el 46 %, son analfabetas; entonces cuando me hablan de la democracia en la India pregunto: qué clase de democracia es esa en la cual casi la mitad de las mujeres no van a la escuela, no saben leer ni escribir y en donde más de la mitad de la población total carece de acceso a redes de agua potable y redes cloacales. ¿Qué significa esto? Significa que si India se desarrolla y comienza a acceder a un patrón de consumo como, no digamos el norteamericano, sino un patrón de consumo argentino, las necesidades de ciertos recursos naturales va a ser tan grande que la pelea por asegurarse esos recursos por parte de quienes ya lo tienen va a ser enorme.

Porque van a venir los indios y, supongamos que quieran tener ellos el mismo sistema de abastecimiento de agua potable y drenaje que tienen los Estados Unidos, van a tener que apoderarse de gran parte del mineral (hierro, cobre, zinc) que hay en el planeta, amén de muchos otros recursos naturales. ¿Los van a dejar los otros, los que ya usan y derrochan esos recursos? No, no los van a dejar. Habrá guerras para tratar de que India se desarrolle un poquito, y en un sector, condenando al resto a quedar sumido hasta el fin de los tiempos en la miseria, la ignorancia y en las deplorables condiciones ya señaladas.

Hay un documental que se llama “*Water in India*”, el agua en la India, que recomiendo mirar. Dura unos veinticinco minutos y nos muestra lo que es el drama del agua en la India. Y es un material audiovisual que permite entender por qué todavía sobrevive en ese país un régimen de castas en donde hay una —la de los parias o intocables— que es la más despreciada y que tiene una relación funcional con el manejo de los desechos cloacales. Es la gente de esa casta la que se encarga de hacer eso, de asumir esa repugnante tarea que la ausencia de las redes cloacales torna absolutamente necesaria. Por lo tanto, hay un círculo vicioso entre el tema del agua, la inexistencia de redes cloacales y la sobrevivencia de un sistema de castas absolutamente incompatible con la democracia.

¿Por qué traigo esto a colación? Porque tiene que ver con este sistema de desigualdad creciente que se ha venido consagrando a lo largo de los últimos dos siglos.

Hay un economista francés que se ha puesto muy de moda en los últimos años, y en buena hora. Se trata de Thomas Piketty, autor del libro *El capital en el siglo XXI*. ¿Qué dice en ese libro? Simplemente que en los últimos dos siglos, a pesar de todas las políticas de redistribución, del *Welfare State* y de la inversión social, de todo lo que ustedes quieran, la desigualdad en el mundo ha ido aumentando dentro de los países y entre los países. Lo cual confirma de nueva cuenta que el capitalismo tiene una lógica implacable y que por más que se instauren políticas de mitigación de esas tendencias hacia la concentración y a la polarización, el sistema sigue generando desigualdad e inequidad. Algunos autores incluso van más allá, más lejos, diciendo que lo que hemos conocido en los años de la posguerra ya concluidos, 1948-1973, fue un período excepcional, en donde el capitalismo dio de sí lo mejor que podía dar, luego de lo cual volvió a las andanzas.

En aquellos años, producto de la Segunda Guerra Mundial, estaba el peligro de la Unión Soviética. Una amenaza muy grande, porque estaba ganando la carrera tecnológica. Había lanzado un satélite artificial al espacio, tenía un ejército muy poderoso, un cinturón de seguridad estratégica con

todos los países satélites de Europa Oriental y era un ejemplo para muchos países, cosa que hoy nos parece rarísimo. Además, era un país que había demostrado la capacidad para derrotar al nazismo. En ese contexto, las burguesías europeas abrieron la mano, como se suele decir, y facilitaron la adopción de programas de legislación laboral, derechos para la mujer, toda clase de prestaciones sociales por temor al “contagio soviético”. Cuando la Unión Soviética se derrumbó, vinieron las políticas neoconservadoras y el Banco Mundial y el FMI volvieron a los carriles tradicionales y la derecha se instaló de nuevo en el poder.

Yo hice mis estudios en Estados Unidos en los años setentas. En esa época las teorías monetaristas de Milton Friedman ni se enseñaban en las escuelas de Economía, de Ciencia Política. Las consideraban un anacronismo del pasado y visiones puramente ideológicas. Friedman no era tomado en serio; se lo consideraba un ideólogo pero, de repente, con la “estanflación” y la cuadruplicación de los precios del petróleo toda aquella estantería se vino abajo. Y aquello que parecía simplemente una versión grotesca de un viejo pensamiento económico, muy reaccionario y totalmente desfasado, aparece de la mano de Ronald Reagan y Margaret Thatcher como la nueva, y rentadora, ortodoxia económica. Con el derrumbe de la Unión Soviética y el fracaso de aquellas experiencias en Europa Oriental se dio paso al retorno del capitalismo salvaje, que ha avanzado en este proceso de creciente polarización económica y de deserción del Estado en las cruciales funciones de regulación de los mercados. Tal vez no es correcto decir deserción sino cambio en la forma de regulación del Estado, porque este nunca se retiró, sino que estuvo ahí pero cambió el objeto y las formas de la regulación. ¿Qué quiere decir esto? Que la regulación se tornó mucho más permisiva para el capital financiero. Y quien lo hizo fue uno de los gobiernos supuestamente más progresistas de Estados Unidos: el de Bill Clinton en la década de los 90.

Tanto fue así que algunos economistas norteamericanos elaboraron un concepto para definir esta nueva pauta regulacionista y hablan del *shadow banking system*, o sea el sistema bancario en las sombras, al margen de la regulación estatal o con una regulación altamente favorable a sus negocios. ¿Qué empiezan a hacer esos capitales? Operaciones especulativas absolutamente irresponsables, de las cuales los fondos buitres son un ejemplo, y que antes estaban taxativamente prohibidas por la normativa bancaria. Grandes inversiones de riesgo en donde las probabilidades de ganar o perder son muy grandes. Si se gana, se gana mucho, pero si se pierde, también se pierde mucho. Claro que cuando hay quebranto, este se socializa y el gobierno norteamericano se encarga de redistribuir esas pérdidas. Eso fue lo que hizo cuando, en el año 2007, se produjo el inicio de esta crisis de las

hipotecas *subprime*, aunque en realidad estas fueron apenas el detonante y no el fondo de la crisis.

El detonante es lo que provoca el estallido, pero la crisis tiene una causalidad que excede a aquél. Lo que provocó la aparición de la crisis fue el problema de las hipotecas, pero éste fue sólo el preámbulo para una nueva crisis general del capitalismo, crisis en la cual llevamos ya ocho largos años y no hay indicio de que vayamos a salir todavía de ella. Lo que está pasando en Europa es una muestra de ello y lo que ocurre en todas las economías desarrolladas va en la misma dirección. Nos podemos preguntar, ¿por qué esta crisis es tan larga y por qué es tan difícil de resolver? Hay varios factores que lo explican. En primer lugar, porque esta no es una más de las crisis periódicas del capitalismo, crisis de corto plazo, sino que reviste un carácter estructural y de larga duración. Esto quiere decir que hay razones profundas que la explican, y la fundamental es el desequilibrio que se ha producido a favor del capital financiero en contra del capital productivo. Por ejemplo, antaño en las empresas el grupo directivo que comandaba la estrategia de la firma era el sector de la gerencia que tenía que ver con la producción y no con las finanzas. Eso comienza a ponerse en cuestión desde la década de los '70, cuando hacen su aparición los petrodólares. Y esta disputa al interior del capital se resuelve en la década de los '90 cuando la fracción financiera, favorecida por las políticas de desregulación, somete al sector productivo y establece su supremacía en el capital en general. Hoy, la estrategia de la Volkswagen, o de cualquier empresa productora de bienes, no la decide el ingeniero jefe del proceso productivo sino que la maneja el gerente a cargo del sector financiero. Lo mismo ocurre con las empresas de las más distintas ramas de la producción.

¿Cuál es el problema de todo esto? Que la hegemonía del capital financiero implica un desincentivo en relación al proceso de la producción. Es decir, el empresario que dispone de una cierta masa de dinero puede, en las condiciones tecnológicas e informáticas actuales, hacer una inversión en tiempo real en Singapur, Frankfurt o Nueva York en este mismo momento. Desde Córdoba puede hacer una operación financiera, casi siempre fuertemente especulativa, que movilice millones de dólares en las bolsas de aquellas ciudades y en la medida en que eso es posible las decisiones relativas a la producción de bienes van a estar siempre subordinadas a la estrategia de valorización puramente financiera. Y eso explica por qué hace tanto tiempo que estamos en una situación de recesión o de semirecesión en la economía mundial con altos niveles de desempleo. Claro que solo esto no sería suficiente para garantizar la permanencia de la crisis; ese es uno de los factores. Pero recordemos que cuando hablamos de crisis de esta naturaleza, crisis profundas, normalmente duraron alrededor de veinte años en

la historia previa del capitalismo. Hay dos ejemplos. En 1873 comienza también una onda larga depresiva que se resuelve recién en 1895, veintidós años después. Luego la Gran crisis de 1929 que termina con la segunda Guerra Mundial en 1945, o sea que hablamos de 16 años. En esta crisis llevamos ocho años. Pero esta es, según muchos expertos y muchos protagonistas, la crisis financiera más seria en toda la historia del capital. Estas son, textualmente, las palabras, por ejemplo, de Sir Charlie Bean, vicegobernador del Banco de Inglaterra, el número dos del Banco de Inglaterra, un hombre poco afecto a afirmaciones demasiado bombásticas y mucho menos de izquierda. ¿Por qué dice eso? Porque en este caso se combinan varias crisis en un momento cuando se empieza a hacer insoslayable, por ejemplo, el agotamiento del petróleo como fundamento de la matriz energética sobre la cual se construye toda la civilización capitalista. El petróleo se acaba. Algunos expertos en la materia dicen que probablemente en la década del 50 de este siglo ya no haya más petróleo en el planeta, otros anticipan que puede ser un poco antes y algunos extienden el período una década más. En todo caso hay cuarenta años más de abastecimiento petrolero garantizado. Y mientras tanto hay que hacer una gigantesca operación para pasar de una economía mundial que gira en torno al petróleo y sus derivados a una que repose sobre otra matriz energética, que todavía no se ha descubierto y cuyas aplicaciones tecnológicas permanecen aún en las sombras. Y esto, evidentemente, modifica enormemente la relación de fuerzas al interior del bloque del capital. Imagínense ustedes que grandes petroleras como Shell, BP o la Chevron, conjuntamente con todo el complejo que se mueve en torno al petróleo, están operando para evitar que aparezca el sustituto del crudo y, por el contrario, para provocar la intensificación de la explotación del petróleo. Por lo tanto dicen, si hay petróleo en la Antártida, o en el Ártico, saquemos petróleo de allí, sin importar las consecuencias que ello pueda tener para el planeta y sigamos con nuestro negocio del petróleo y sus derivados.

Esto desata un elemento de crisis muy fuerte, porque aun gobiernos conservadores que no tienen un talante muy progresista se dan cuenta de que hay que enfocar el tema del cambio en la matriz energética de una forma absolutamente urgente. Pero hay poderosos factores que se oponen a ello y eso complica la resolución de la crisis. Uno de ellos es si a esta contradicción social, de la que hablábamos al inicio, le agregamos la contradicción ecológica o, como dijera el teórico norteamericano James O'Connor "la segunda contradicción del capitalismo", es decir, la que opone la acumulación de capital y la conservación de la naturaleza. Un tema que plantean no sólo algunos ecologistas soñadores, sino que ya a nivel mundial es un asunto que se plantea como un enorme problema. El cambio climático o, mejor, la

emergencia climática, ya es una realidad, y esta pone en cuestión seriamente la sobrevivencia de la especie humana en el planeta Tierra. Nuevamente, el Papa Francisco lo ha venido diciendo ya de una manera terminante.

Y entonces para resolver la cuestión de la matriz energética hay que tomar en cuenta las implicaciones ecológicas de la resolución de la crisis capitalista. No se la podrá resolver intensificando la explotación de los bienes comunes como se hizo en el pasado. Ya hay muchas resistencias para seguir con una explotación extrema de los recursos naturales. Y hay un sector de la humanidad cada vez más consciente de que si no preservamos esta casa común, si no preservamos la casa común, esta humanidad no tiene futuro. Esta es otra limitación que obstaculiza la resolución de la crisis: el entrecruzamiento de la crisis energética y la del cambio climático.

Tenemos por lo tanto una crisis estructural, una crisis de hegemonía del capital financiero por los problemas precisamente causados por esa hegemonía, por las tendencias recesivas inherentes a la fracción del capital. Tenemos, además, aparte del tema de la materia energética y el del cambio climático, el problema del agua y otros más. Según Naciones Unidas hay mil doscientos millones de personas en este planeta que sufren lo que se llama “estrés hídrico”, es decir, que no tienen acceso seguro y confiable al agua potable y además zonas que se están desertificando cada vez más, y que por lo tanto requieren de un esfuerzo inaudito para lograr tener acceso a agua potable. Entonces, como ustedes ven, acá se está configurando un sistema de factores que hacen que las formas tradicionales de resolución de la crisis ya no sean más viables, o lo sean a un costo cada vez mayor y con márgenes de incertidumbre muy amplios.

Cuando uno lee la literatura especializada en los años 1940 o 1950, la que analizaba la crisis de los años 1930, en ningún momento aparecía la palabra petróleo o agua, ni expresiones tales como “matriz energética”, o “cambio climático” porque se daba por descontado que todos esos bienes iban a durar hasta el fin de los siglos y que el clima era un dato invariable de nuestro planeta. Un absurdo. Hubo un economista británico muy perspicaz —era de otra época, de los años 1950-1960— llamado Kenneth Boulding que decía que una persona que propusiera un proceso de desarrollo infinito sólo podía ser una de dos cosas: un loco o un economista —y lo decía él, que era economista. Y planteaba que en su profesión la gente dice que el desarrollo de Estados Unidos y de otros países avanzados va a seguir infinitamente, consumiendo cada día más cobre, más petróleo, más zinc, más carbón, más hierro, más material de todo tipo; pero el único detalle es que la dotación de recursos de la tierra es limitada. No va a haber más cobre del que hay, no va a haber más petróleo del que hay. Uno podría decir que se puede descubrir más, algo más, pero la idea de que ese es un proceso in-

finito, que el nivel de consumo y despilfarro de los humanos puede seguir indefinidamente, es absolutamente insostenible. Fíjense ustedes algo tan elemental como lo siguiente: si los siete mil millones de personas que habitamos el planeta le hicieran caso a la publicidad que viene de las grandes agencias de Estados Unidos o de Europa, en donde ensalzan el “*American way of life*” como el modelo que hay que seguir, que todos debemos seguir, necesitaríamos cinco planetas tierra y un tercio para lograr satisfacer la demanda de la población mundial. Y no los tenemos, ¿verdad?

Por consiguiente, no tenemos forma de garantizar que la humanidad viva dignamente si no cambiamos el sistema. Cómo será ese otro sistema, no lo sé, nadie lo sabe. Pero no cabe ninguna duda que claramente tenemos que ir hacia un poscapitalismo. El capitalismo es un sistema que posee una enorme capacidad de acumulación de riquezas, combinado también con una no menos fenomenal incapacidad para distribuir las riquezas y una singular capacidad para destruir los bienes de la naturaleza. Y ahora estamos en riesgo serio. La revista británica *The Lancet*, una de las más importantes en ciencias biológicas, hizo hace unos pocos años una encuesta entre los investigadores en biología en Gran Bretaña. En esa encuesta se les preguntaba cuáles eran las probabilidades de que la especie humana llegara a atravesar el umbral del siglo XXI, teniendo en cuenta todas las variables que se están analizando ahora: el cambio climático, la extinción de especies, la deforestación, la crisis del agua, etcétera. El resultado fue que las chances eran poco menos que la mitad. Es decir, que esta especie tiene en este momento una probabilidad cercana al 50% de sobrevivir más allá del siglo XXI.

Simplemente piensen ustedes si los chinos y los indios tuvieran la mala idea —y la posibilidad de concretar esa mala idea— de tener dos automóviles por cada familia de clase media en la India y en la China. Eso agregaría al parque automotor que actualmente tiene el planeta prácticamente seiscientos millones de vehículos más. Las emanaciones de CO₂ que se producirían acabarían con toda esta discusión de capitalismo, socialismo o poscapitalismo, porque no habría más oxígeno en el planeta tierra. Así de simple.

En este contexto de crisis, que se agrava desgraciadamente por las formas a través de las cuales se ha tratado de solucionarla, se han profundizado las diferencias sociales y la inequidad de los sistemas sociales. Por primera vez en Estados Unidos en muchos años se denuncia al capitalismo como el causante de la crisis. La palabra capitalismo no se utilizaba en los Estados Unidos. Yo hice todo un doctorado durante cinco años en ese país y ni una sola vez escuche esta palabra. No se escuchaba, no se leía en los periódicos, no se escuchaba en los comentarios políticos, era algo que estaba fue-

ra de discusión. ¿Por qué? Por la naturalización del sistema, concebido como algo tan natural como el aire que respiramos. Bajo esta perspectiva el capitalismo no era una creación social o un sistema histórico sino que era la manera natural como los hombres y las mujeres organizan su vida colectiva. No había por qué darle un nombre, era la “economía” o en el mejor de los casos “el mercado”. La maquinaria cultural e ideológica de Estados Unidos es de una fortaleza tal que aun las mentes más lúcidas encuentran problemas en identificar la raíz de todas estas dificultades en el funcionamiento del sistema. Sistema que, como todo sistema histórico, nace, se desarrolla, llega al apogeo, entra en decadencia y finalmente muere, para ser cambiado por otro. De eso no tenemos la menor duda, por eso abría esta discusión con lo que dijo el Papa Francisco allá en Bolivia. El sistema entró en esta fase terminal, que puede durar veinte o treinta años, otros autores dicen menos. Immanuel Wallerstein hace unos años dio una conferencia en Madrid y dijo que no habrá más de treinta años de capitalismo en el mundo porque el sistema ha llegado a tal nivel de desarticulación y desorganización estructural que no hay manera de que se equilibre. Lo que sí sabemos es que el capitalismo se puede ir desmontando por piezas. Y esto se traduce en una política, por ejemplo, que desmercantilice o comience a desmercantilizar todo lo que el capitalismo ha convertido en mercancía, aun las expresiones más sublimes del espíritu humano. Ni siquiera las religiones o las grandes ideologías están a salvo de este proceso de mercantilización.

Bien, pero ¿cómo se empieza a desmontar este aparato? Un ejemplo sería garantizando que algunas cosas fundamentales de la especie humana, como la salud, queden al margen de la lógica del capitalismo. La salud no puede ni debe ser una mercancía. Ni la salud, ni todo el sistema que rodea la provisión de salud (medicamentos, sistemas hospitalarios, etcétera). En este tema, podemos mencionar la industria farmacéutica. Al asumir la presidencia, Bill Clinton le encarga a su mujer, Hillary, una mujer de armas tomar, impulsar una módica reforma de esta industria. A los tres meses este intento fracasó porque el lobby farmacéutico se le vino encima con una fuerza brutal y aplastó nada menos que a la primera dama de Estados Unidos.

En la Argentina, un cordobés de Cruz del Eje, el presidente Arturo Illia, quiso hacer algo así con la famosa “ley Oñativia” (por el nombre de su Ministro de Salud Pública, Arturo Oñativia) que instituyó una política de control de precios y regulación de la composición de los medicamentos. La propuesta, del año 1964, propiciaba la aplicación de recetas según medicamentos genéricos a la vez que fijaba límites para los gastos de publicidad y para los pagos al exterior en concepto de regalías y de compra de insumos hechos por las farmacéuticas. Esta reforma fue rápidamente ana-

temizada como “comunista” y combatida con fiereza por el empresariado y la Embajada de Estados Unidos. Esta ley, sumada a la anulación de los contratos petroleros y a la valiente decisión del Presidente Illia de no enviar tropas a Santo Domingo a cooperar con la invasión de los Estados Unidos en contra del gobierno legítimo de la República Dominicana, terminaron por sellar su destino, y un golpe de Estado lo derrocaría el 28 de junio de 1966, ante la suicida indiferencia de su propio partido y de la población en general.

Otro ejemplo de cómo comenzar a dismantlar el capitalismo es el gran debate que hay hoy en Chile sobre la calidad y la gratuidad de la educación. En Chile la educación siempre había sido un derecho, pero la dictadura de Pinochet la convirtió en una jugosa mercancía, muy lucrativa gracias a la total prescindencia del Estado que dejó a las escuelas y universidades libradas al “*killing instinct*” de los empresarios y su desenfrenada búsqueda de pingües ganancias. De ese modo se engañó a miles de jóvenes, y lo mismo ocurrió en Ecuador, al punto tal que el presidente Rafael Correa se vio obligado a cerrar catorce supuestas universidades que no eran tal cosa, y en un gesto que lo enaltece obligó a los dueños de esas instituciones a devolver las matrículas que habían pagado los estudiantes. Era una estafa gigantesca, con un Estado que miraba para otro lado. Por supuesto, Correa fue acusado de atentar contra las libertades individuales y la libertad de enseñanza. Estos dos ejemplos muestran que el capitalismo se puede ir desmontando a partir de esos avances en estos dos cruciales terrenos de la vida social: salud, educación, reconvertidos en derechos y bienes públicos y despojados de su condición de mercancías.

Ahora bien, mientras tanto, el mapa sociopolítico mundial se modifica. Algunos gobiernos de América Latina han tratado de salirse de estas tremendas restricciones iniciando procesos autoemancipatorios muy importantes, para lo cual deben afrontar una enorme cantidad de dificultades. Estoy hablando fundamentalmente de la experiencia de los tres países bolivarianos, Ecuador, Bolivia y Venezuela. Estos procesos se presentan en un marco global caracterizado por el hecho de que América Latina es la región más importante del mundo para los Estados Unidos. Pese a múltiples declaraciones en contrario, la región decisiva es América Latina y el Caribe; no es ni Medio Oriente ni Asia central, no es Europa, no es Extremo Oriente, no es Oceanía ni África. La región más importante del mundo es esta, cariñosamente llamada nuestro “patio trasero” por muchos funcionarios norteamericanos. En términos militares este “patio trasero” es crucial porque para los militares de Estados Unidos la seguridad nacional de su país reposa sobre el control absoluto de lo que ellos llaman la “gran isla americana” que se extiende entre Alaska y Tierra del Fuego.

Por eso dicen que mientras tengan el control de la isla americana, la seguridad nacional de los Estados Unidos no corre riesgos: tienen salida por los dos grandes océanos, el Atlántico y el Pacífico, y en la medida que en esa isla haya gobiernos amigos y dispuestos a colaborar con Washington, los Estados Unidos no corren riesgo, ningún riesgo. Un enemigo extracontinental —¿China, Rusia, Irán?— tendría poquísimas chances de atacar al territorio norteamericano si los gobiernos del área sintonizan con el de Estados Unidos.

Y esta es una vieja doctrina. Imagínense si América Latina no fuera así de importante, ¿cómo explicar que la primera doctrina de política exterior elaborada por Washington, en 1823, haya sido la Doctrina Monroe? Todavía no se había concluido la guerra de la independencia, todavía no se había producido la batalla de Ayacucho en 1824 y ya ellos tenían la doctrina muy clara: “América para los americanos”, ninguna potencia extracontinental debía ser admitida en esta región. Por esta razón un personaje tan claro e inteligente como John Adams, el segundo presidente de los Estados Unidos, en uno de sus discursos ante la Unión ya planteaba la necesidad de incorporar Cuba a la jurisdicción de Estados Unidos. No había nacido el tatarabuelo de Fidel y estos ya estaban con la obsesión de apoderarse de Cuba aduciendo, entre otras razones, que la isla de Cuba era una prolongación natural de la península de la Florida. Si la Monroe es la primera doctrina de política exterior, la segunda tiene por objetivo Europa. Pero recién se formula en 1918, casi un siglo después cuando se vino abajo el Reich alemán, se había producido la Revolución Rusa y derribado el Imperio Austrohúngaro, y el presidente Woodrow Wilson elabora la doctrina que lleva su nombre, el mal llamado “idealismo” wilsoniano. Tenía muy poco de idealista este Wilson, pero lo suyo pasó a la historia como idealismo pese a las invasiones de México, Haití y República Dominicana y su enfática admiración por el Ku Klux Klan. Retomando el hilo de nuestra argumentación: en materia de doctrina exterior primero viene América Latina y después viene Europa. Cuando se produce el triunfo de los Aliados en la Segunda Guerra Mundial, la Unión Soviética emerge con una estatura intelectual moral y política impresionante. Hay un libro de un historiador y filósofo italiano Domenico Losurdo, un gran especialista del pensamiento alemán que produjo lo que hasta hoy es la obra canónica sobre el pensamiento de Nietzsche. Losurdo publicó un libro reciente con el simple título de *Stalin*. Es notable revisar, en el primer capítulo, las percepciones e imágenes que había sobre Stalin y la Unión Soviética en los años inmediatamente anteriores a la Guerra Fría, desde 1944-1945 hasta 1948. Losurdo recopila las opiniones de autores y de grandes personalidades de la época, desde Winston Churchill hasta algunos de los ensayistas, poetas y literatos más importantes, todos

los cuales manifiestan una muy positiva valoración de la Unión Soviética y de Stalin.

Después, de súbito todo cambió con la Guerra Fría. Ahí es cuando Estados Unidos elabora la doctrina de la “contención”, por la percibida amenaza de que la Unión Soviética pudiera extender su dominio por todo el planeta. En ese momento encontramos un personaje clave, el señor George Kennan, quien fuera uno de los consejeros adscriptos a la embajada de los Estados Unidos en la Unión Soviética durante los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Kennan era un gran pensador, un gran estratega norteamericano, un diplomático de fuste. Mientras estaba en Moscú envió lo que es conocido como “el largo telegrama” al presidente Harry Truman, expresándole que más allá de la colaboración que la Unión Soviética había prestado a los Estados Unidos para derrotar al enemigo alemán, el régimen soviético lleva en sí mismo una tendencia expansiva absolutamente incontrolable que lo llevaría a convertirse en un régimen que sometería a todo el planeta. Plantea que si al comunismo no se lo contiene, va a llegar a dominar a todo el mundo y por lo tanto recomienda que Estados Unidos elabore una estrategia de contención del comunismo. Años después Washington reacciona frente a este consejo y adopta la doctrina de la contención. Esta se materializaba en la firma de una serie de pactos regionales para impedir el avance del comunismo en las diferentes partes del mundo: un pacto en Europa, uno en el norte de África, un tercero en el África negra, un pacto en Medio Oriente, en el sudeste asiático, otro en Asia Meridional y, por supuesto un pacto en América Latina. Este último fue el primero jamás firmado, antes que el de Europa, porque ya América Latina importaba mucho más que cualquiera de esas otras regiones del mundo. Hay un dicho americano que reza “*first things first,*” las primeras cosas vienen primero. Y lo primero era garantizar que América Latina estuviera a salvo de las “garras” del comunismo soviético. El pacto se firma en 1947, es el famoso TIAR, Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca. La OTAN, en cambio, se crearía en 1949, y el resto de los tratados vendrían mucho después.

Esto fue así porque América Latina históricamente ha sido el área más importante para Estados Unidos. Y también lo es desde el punto de vista geopolítico, algo que hemos examinado en detalle en nuestro libro *América Latina en la Geopolítica del Imperialismo*. Por ejemplo, Estados Unidos tiene una gran institución científica que es el “US Geological Survey”, el Servicio de Relevamiento Geológico de los Estados Unidos. Esta es la única institución que conoce con gran precisión la dotación de recursos minerales que existe en América Latina, cosa que ningún otro país de la región sabe a ciencia cierta. Estados Unidos sabe que América Latina tiene siete

de los diez minerales estratégicos más importantes para la industria de la defensa de los Estados Unidos; que tiene la mayor reserva de agua dulce del planeta tierra (entre el 42 y 45 %, las cifras varían porque hay algunas dudas sobre el cálculo del Acuífero Guaraní), con apenas el 7 % de la población mundial. Hay legiones de científicos norteamericanos, canadienses, japoneses, estudiando las plantas y los animales en la gran cuenca amazónica y subamazónica, descubriendo y patentando el código genético, esos genes que al ser modificados tecnológicamente dejan de ser bienes comunes y pasan a ser propiedad privada. Cuando se suman todos estos temas, seguridad estratégica, petróleo (con la mayor reserva probada del mundo en Venezuela), agua, biodiversidad, minerales estratégicos, el pulmón del planeta, América Latina emerge en toda su enorme importancia y esto explica por qué Washington estuvo siempre tan presente en la historia de América Latina. Si se observa la larga duración de la política de Estados Unidos en América Latina se comprueba una notable continuidad. Más allá de que sean demócratas, republicanos, blancos o negros, la política básicamente hacia nuestra región tiene una línea ininterrumpida, con dos vectores: desalentar la presencia de potencias extracontinentales en la región y frustrar sistemáticamente cualquier proceso de integración latinoamericana, llámese Pacto Andino, Aladi, Mercosur, Unasur, Celac o como se llame.

A partir de esas realidades se entiende por qué en un mundo como el actual se han comenzado a apretar las clavijas en nuestro continente y por qué aquellos países que iniciaron un proceso de emancipación como Venezuela, Bolivia, Ecuador, tropiezan hoy con tantos obstáculos. Y por qué países que de alguna manera acompañaron ese proceso, aunque de una forma más moderada como Argentina, Brasil y Uruguay, también están pasando por momentos muy delicados. Esto se debe a que la teoría oficial de Washington, que por supuesto no se la formula explícitamente, es que el 1° de enero de 1959, cuando triunfa la Revolución Cubana, se abre un conflictivo paréntesis en las relaciones hemisféricas y que ese paréntesis debe ser cerrado ahora, poniendo fin a ese período de relaciones “anómalas” en el hemisferio.

¿Por qué es ahora que hay que ponerle fin? Porque el deterioro en el cuadro internacional (graves crisis en Oriente Medio por el Estado Islámico, cuasi guerra en Ucrania, gran tensión en el Mar del Sur de la China) hace que Estados Unidos procure disciplinar a los díscolos países al sur del Río Bravo para así facilitar su actuación en aquellos lejanos escenarios de guerra. Un dato fundamental del mismo es el derrumbe del sueño del siglo americano tal como se expresara a mediados de la década de 1990 con la caída de la Unión Soviética. Se cayó el muro, parecía que el mundo cambiaba de manera irreversible. Apareció la teoría de que estábamos en vis-

peras de un nuevo siglo americano, y hasta se llegó a crear una fundación para diseñar ese promisorio futuro: el *Project for the New American Century*. Y resultó ser que eso fue una ilusión de momento, porque ese nuevo siglo americano, o los teóricos del nuevo siglo americano, no tuvieron en cuenta que en realidad habían emergido nuevos poderes internacionales y, entre otras cosas, se había producido el retorno de China, la reaparición de Rusia, la conformación del BRICS y tantas otras constelaciones regionales de poder, todo lo cual alteró significativamente el tablero geopolítico mundial.

A China la habían eclipsado durante casi dos siglos; la pusieron de rodillas y la sometieron gracias al narcotráfico. Los británicos obligaron a China a legalizar el tráfico de opio. Las dos guerras del opio tuvieron ese objetivo. Hay que aprender la lección y poner mucha atención en los análisis de —y la lucha contra— el narcotráfico en América Latina, ya que son temas que tienen que ver también con la dominación imperialista. Al narcotráfico hay que entenderlo como lo que es: una estrategia de dominación imperial. Así lo demuestra el caso de China y así se está insinuando hoy en América Latina y el Caribe.

Ante estos cambios en el sistema internacional muchos intelectuales y analistas, incluido yo mismo, hace ya un tiempo que comenzamos a hablar del debilitamiento de la primacía de EE.UU., de la ya inocultable decadencia del imperio americano. Si no fuera por eso difícilmente un pequeño país de Sudamérica como Ecuador hubiera podido dar refugio al enemigo público número uno de Estados Unidos, el Sr. Julian Assange, que está en la embajada de Ecuador en Londres desde hace tres años. Hace veinte años, cuando el imperio americano estaba en su apogeo, ese gobierno duraba veinticuatro horas depuesto por un golpe militar, una invasión de marines o inclusive por un asesinato político (como Torrijos, como Roldós mismo en Ecuador). Sin embargo, no pueden, a pesar de que Correa ordenó el desalojo de los militares norteamericanos de la base de Manta, cosa que los japoneses no pudieron hacer todavía en Okinawa. Si Estados Unidos no hubiera entrado en decadencia tampoco Evo Morales habría podido expulsar al embajador norteamericano que había ido a Bolivia a concretar la partición de las dos Bolivias: Santa Cruz de la Sierra y toda la medialuna oriental por un lado, y la parte pobre del altiplano por el otro. A eso habían mandado al Sr. Philip Goldberg, que fue quien había inventado Kosovo en los Balcanes. No contento con eso, más tarde Evo expulsaría a la DEA y a la USAID. Síntomas claros de que Estados Unidos ya no cuenta con el poderío de antaño.

Estados Unidos quería bombardear Siria, hace tres años. Pero bastó que irrumpieran en escena dos inesperados protagonistas a decir que eso era

inaceptable para que los planes tuvieran que ser archivados. Salió primero el papa Francisco diciendo que no podía, que era inaceptable ocupar y destruir esa región, que es poco menos que destruir una de las cunas del cristianismo. Y por si faltara un refuerzo, vino Vladimir Putin a decir lo mismo, que iba a vetar esa decisión en el Consejo de Seguridad. Estados Unidos no lo pudo hacer, a pesar de que ya tenía los portaviones preparados en el Mediterráneo y los misiles Tomahawk dispuestos a arrasar con Siria.

Entonces en ese escenario de decadencia del poderío intelectual y político norteamericano, de pérdida de competitividad de la economía norteamericana, de desplazamiento del centro de gravedad del comercio mundial fuera de los Estados Unidos y en dirección a Oriente, Washington trata de recomponer los vínculos de dominación sobre América Latina. Y de “normalizar” (así, entrecomillada) la situación del hemisferio. Es decir, tener una región con gobiernos absolutamente plegados a su iniciativa y que sean obedientes a las grandes orientaciones que establezca el imperio para esta fase tan difícil y amenazante del sistema internacional.

Así comenzamos a entender las enormes dificultades que ha experimentado el gobierno de Venezuela, algunas de las cuales sin ninguna duda son de origen interno, pero a las cuales se sobreimpone una guerra económica, una ofensiva mediática, un terrorismo mediático a escala jamás vista. Yo estuve en Chile en la época de Allende y al lado de lo que se ve hoy la agresión en contra de Venezuela es mucho más salvaje y diversificada. Por ejemplo, se exalta la figura de un personaje como Leopoldo López, uno de los mentores, primero del golpe del año 2002, y después de la llamada a la remoción violenta e inmediata del presidente Nicolás Maduro. Luego del triunfo chavista en las elecciones en diciembre de 2013 López y sus aliados desencadenaron una serie de incidentes que costaron la vida de cuarenta y tres personas y la destrucción de millones de dólares en propiedad pública y privada. Y a ese señor se lo presenta como un opositor injustamente encarcelado por un régimen despótico.

Cuando uno mira la legislación de Estados Unidos, Argentina o Chile, quien incurre en un acto de ese tipo, por ejemplo en Estados Unidos, se hace merecedor de prisión perpetua. En la Argentina y en Chile son veinticinco años de prisión y a nadie se le ocurriría llamar dirigente opositor a quien busca deponer a un presidente, deponer a las autoridades por la fuerza, al margen de la ley e inducir acciones violentas. La figura que corresponde es la de sedicioso. Sin embargo, la campaña de terrorismo mediático es de tal naturaleza que hace aparecer un personaje como este como si fuera un inocente opositor político. Sería como si en la Argentina se hubiese considerado a Mohamed Alí Seineldín como un “opositor polí-

tico” injustamente encarcelado cuando fue declarado culpable del levantamiento militar del 3 de diciembre de 1990 que terminó con la vida de 14 personas, 5 de ellas civiles. Por eso a Seineldín lo sentenciaron a prisión perpetua. Lo de López fue mucho más grave y costoso en términos de vidas humanas, y recibió una sentencia mucho menor.

Sin ir más lejos, en España, en el año 1981, hubo una tentativa de producir también un cambio ilegal, violento, de autoridades políticas. Aparece un teniente coronel de la guardia civil, Antonio Tejero, quien ocupa las cortes, se lo ve en las fotos con una pistola en la mano, secuestra a todos los diputados durante veinticuatro horas exigiéndoles el retorno del franquismo, etcétera. Finalmente Tejero se rinde porque no encuentra el eco que esperaba, pero lo acusaron de lo mismo que tendrían que haber acusado a Leopoldo López: de sedición. Y tuvo una sanción de treinta años de cárcel. A López le dieron trece años y nueve meses. Sin embargo, Tejedera aparece ante la opinión como un sedicioso, y López aparece como un “combatiente de la libertad”. Los mismos “combatientes de la libertad” que estaban antes en Bengasi, que querían acabar con el régimen de Libia, reaparecen con nuevos ropajes en la Venezuela bolivariana. A mí no me gustaba el régimen de Kadafi, pero no había razones para producir un desastre como se produjo en ese país, que fue reducido a polvo. Estados Unidos y los europeos lo han destruido, ha quedado en manos de catorce capitanejos militares que controlan distintas partes del territorio y que venden a su voluntad el riquísimo petróleo libio (que es el petróleo más liviano que existe en el planeta tierra, que casi no necesita refinarse). Pero aquellos en Bengasi no eran opositores, no eran “combatientes de la libertad”, eran mercenarios que fueron plantados ahí para armar todas estas operaciones, para poner fin a la primavera árabe, para justificar después lo que se iba a hacer en Siria. Porque Siria era el aliado de Irán, entonces había que atacar al aliado de Irán. De repente se reconcilian con Irán, hacen el acuerdo nuclear y ahora falta que lo apruebe el Congreso (pero Obama ya puso la firma). Y mientras tanto no saben qué hacer con el Estado Islámico, que lo inventaron ellos para destruir el régimen de Bashar al Assad.

Es en ese contexto que tenemos que entender lo que está pasando en América Latina. Toda esta ofensiva en contra de Venezuela hay que verla desde esa perspectiva, no podemos ponerla al margen de este gran cuadro geopolítico global. Porque la teoría es que una vez caída Venezuela se produce un efecto dominó que acaba las experiencias de Bolivia y Ecuador. Que son experiencias que pueden haber tenido muchos errores pero, y esto es fundamental, los aciertos históricos que han producido tanto el chavismo como la Revolución ciudadana de Ecuador, como el gobierno de

Evo Morales en Bolivia, superan con creces los errores que pueden haber cometido. El balance claramente es positivo. Por eso la ofensiva imperial, la “restauración conservadora”, como la llama el presidente Rafael Correa, no sólo tiene por objeto derrocar a los gobiernos bolivarianos sino también a otros, como los de Argentina y Brasil, que los apoyaron política y económicamente. Se preguntarán el porqué de ese ensañamiento. Recordemos que los dos países que se encolumnaron detrás del liderazgo de Hugo Chávez en la gran campaña continental del “No al ALCA” fueron Argentina y Brasil. Y ahora están cobrándose esa vieja cuenta, porque no hay ninguna razón para pensar que Estados Unidos pueda tener muchos otros motivos para estar actuando de esa manera en contra del gobierno de Dilma Rousseff. Le hicieron espionaje, le organizaron estas grandes protestas en el año 2013; en el fondo porque junto con la derecha más recalcitrante de Brasil vemos que se trata de, como lo recuerda Frei Betto, darle una lección a los brasileños para que ningún gobierno progresista más sea electo en ese país en los próximos treinta años. Y en el caso argentino, la historia es más o menos igual, aplicada vía los fondos buitres, entre otras cuestiones y con resultado incierto.

Para concluir: América Latina se encuentra ante este desafío. La pregunta es si sabrá responder airoosamente. Yo confío que sí, creo que tenemos chances de sobrellevar este momento, creo que podemos sobreponernos a tantas acechanzas.

Me parece que ha habido un cambio fundamental en algo que es intangible, pero que tiene una fuerza enorme: un cambio en las conciencias de las clases populares de América Latina. Y que creo que por primera vez en su historia son conscientes de que otro mundo es posible, y de que a pesar de las dificultades, de los problemas, sin embargo en muchos países han logrado tener acceso a algo fundamental como es la ciudadanía y a un amplio abanico de derechos económicos, sociales y políticos.

Es cierto que ha habido grandes problemas en la vida venezolana de hoy: la campaña de desabastecimiento, el tema de los paramilitares de Uribe, una frontera porosa imposible de controlar, la penetración de algunas ONG's, de algunas agencias norteamericanas en los movimientos campesinos indígenas en Ecuador y Bolivia. Esto es un hecho que fue demostrado por el presidente Evo Morales. Pero hay un fondo muy sólido que dice que hemos adquirido la condición ciudadana y somos depositarios de derechos inalienables. Y creo que ese cambio en la conciencia es lo que nos permite ser cautelosamente optimistas con miras al futuro, más allá de los problemas y obstáculos del presente. Creo también que, en el nuevo escenario internacional, los países de América Latina tienen más margen de acción autónoma que antes, y esto no es poca cosa.

Podemos tener nuestras precauciones en relación al papel de China en la arena internacional, en materia económica internacional, pero China por lo menos en lo que toca a los países de América Latina no tiene bases militares; China tiene supermercados, que no es lo mismo. Y es más fácil negociar con una potencia que tiene supermercados que con otra que tiene ochenta bases militares en la región. ¿Por qué Estados Unidos tiene ochenta bases militares en nuestra región? Son bases que en algún momento, cuando sea necesario, van a ponerse en movimiento y actuar.

La existencia de otros poderes en la escena internacional —China, Rusia, los BRICS, etc.— le da a América Latina un margen mayor de autonomía potencial al que tenía antes, y creo que los cambios en la conciencia son elementos importantes. Va a ser muy difícil un retroceso. Con esto no quiero decir que no haya intentos muy serios de dar marcha atrás, incluso en Argentina y no sólo en Venezuela. Lo mismo ocurre en Brasil, en Bolivia, en Ecuador. Pero una cosa es el intento, y otra cosa que este fructifique, porque para eso se requiere que haya predisposición de la sociedad para aceptar pasivamente ese retroceso, y me parece —aunque podría equivocarme— que esa predisposición no está, o al menos no la veo con nitidez. Uruguay hace pocos días nos dio un ejemplo muy aleccionador: el gobierno había iniciado de una manera incomprensible tratativas para firmar el TISA (*Trade In Services Agreement*), el famoso acuerdo de comercio de servicios, que al amparo de la Organización Mundial del Comercio (OMC) hubiera significado que la educación y la salud en Uruguay pasaran a regirse por las normas de la OMC convirtiéndose definitivamente en bienes mercantiles, desapareciendo la salud pública y la educación pública. De repente, cuando estaba a punto de ser firmado, hubo una chispa que se prendió en la llanura uruguaya y gente que ganó la calle, se organizó y movilizó. Planteó ante el gobierno que el TISA era inaceptable y el gobierno tuvo que dar marcha atrás y no lo firmó. Si hubiera firmado, habría sido una tragedia porque, vuelvo a repetir, se habría puesto fin a la educación y a la salud públicas en todos sus niveles en el Uruguay.

Es decir que hay reservas, tenemos reservas, estamos siendo agredidos pero no por eso estamos derrotados. Creo que es importante tener en cuenta eso y recordar la fórmula gramsciana que dice: “pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad”. A no bajar los brazos, aun en los momentos más profundos de una derrota; a resistir y a luchar porque creo que, pese a todo, vamos a poder salir airoso de tantos desafíos. La historia está hecha de ascensos y descensos, y nunca, ni uno ni el otro, son eternos. Su dialéctica es incesante. Esa es, también, nuestra esperanza.

Muchas gracias. 